[394'2]

LA COPA DE MARFIL.

ESPECTÁCULO TRÁGICO

EN TRES PARTES

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Febrero de 1844.

PERSONAS.

ROSMUNDA.
ALBOINO.
BRENILDA.
RODIMIRO.
BUCILIO.
SOLDADOS. — ESCLAVOS.

La escena en Verona. — Año 573 de N. S. J. C.

Este Espectáculo, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 *de Mayo de* 1837, *y la de* 16 *de Abril de* 1839, *relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*

Parte primera.

ESCENA. *Ante-cámara real en el palacio de Alboino, con puertas en el fondo y á los lados. En medio un pequeño aparador con copas que sirve en el primer acto.*

ESCENA PRIMERA.

BRENILDA.

(*Aparece mirando con circunspeccion por la puerta de la derecha, que se supone dar al aposento en que el rey Alboino celebra un festin, cuyo rumor se oirá durante las dos primeras escenas, pero sin que pueda interrumpir la representacion.*)

Aun dura su festin. ¡Cuán facilmente
olvidan sus peligros y desastres
esos guerreros que lo mismo se hartan
de generosos vinos, que de sangre!
¡Cuán facilmente su garganta trueca
sus ahullidos de guerra formidables
y sus lamentos bárbaros de muerte
en alegres y báquicos cantares!
Hé alli al rey Alboino... ¡oh! bien querrian
otro nombre mejor mis labios darle,
mas sonar debe solo en sus oidos
tan delicioso título... en las reales
cámaras nada mas, en las tranquilas
nocturnas horas, cuando todo yace
sepultado en el sueño y el silencio,

y oirnos nombre tal no pueda nadie.
Ciegos en derredor todos los ojos
tienen que estar para esto; los pilares
de esta estancia no mas tal nombre escuchan
cuando en murmullo de mis labios parte,
y de su labio real otro tan dulce
como el que yo le doy en pago sale...
mas seguros que el eco de ambos nombres
de la cámara real se ahoga en el aire...
Y mientras ¡ay de mí! solo me es dado
vagar en torno de él; pasar, mirarle,
oir su acento, contemplar su rostro,
servir su copa y á sus pies sentarme,
cual blanca sombra del amor perdido,
casto recuerdo de adorada imagen,
sin que ese nombre dulce en mis oidos
suene jamas en público... ¿quién sabe?
tal vez un dia por la vez primera
sonará, y para siempre mi linage,
mis derechos, mi amor, mis sufrimientos
al universo todo haré palpables.
tal vez... mas él tambien á la derecha
del rey está. ¡Cuán bello! en sus brillantes
pupilas, en su rostro todo entero
se revela el placer que halla en mirarme.
(*Aparece Rosmunda por la puerta de la izquierda, y al percibir á Brenilda se detiene á escucharla, acercándose poco á poco hasta colocarse detras de ella.*)
Y sus ojos no mas me ven ahora;
nadie mas que él me ha apercibido.. ¡oh! vale
para mí esta mirada hurtada á todos
la mitad de mi vida... idolatrarle
puede no mas mi corazon. Le adoro;
sí, le amo, y me estasío contemplándole.
(*Mira con precaucion levantando el tapiz.*)

ESCENA II.

BRENILDA. ROSMUNDA.

ROS. (*Aparte.*)
¿Qué dice? ¿le ama? ¿á quién? ¿dónde sus ojos

se fijan? ¿Quién es él...? ¡Si mas sagaces
que los suyos los mios el objeto
de su amoroso arrobamiento hallasen!
(*Mira por detras de Brenilda.*)
¡Cielos, es él! es Rodimiro... el vaso
alza al rostro... sí, sí; para ocultarme
su clara turbacion, porque tras ella
aparecer ha visto mi semblante.

BRE. Mas ha palidecido de repente:
¡no me quiere mirar!

ROS. Niña, ¿qué haces?

BRE. ¡Ay!

ROS. ¡Silencio! que otro ay involuntario
no llame su atencion...

BRE. Señora.

ROS. Apártate
del círculo á que alcanzan sus miradas,
y respóndeme: ¿qué es lo que te hace
tan arrobada estar ante esa puerta?
¿qué hay en la mesa del festin que llame
tan fuertemente tu atencion? ¿no has visto
nunca en palacio fiesta semejante?
¿nunca vistes al rey sus nuevos triunfos
celebrar en la mesa con sus grandes
y sus guerreros? ¿di? ¿ó es que hay entre ellos
quien tu liviano corazon ablande
con el osado fuego de sus ojos?

BRE. Qué, á ser eso verdad, ¿tan mal lo hallareis
que asi lo preguntais, airado el gesto,
trémula...

ROS. ¿A ser verdad? ¿vas á negarme
lo que escuché yo misma de tu boca,
"le amo, le adoro?"

BRE. ¡Dios! ¿eso escuchasteis?

ROS. Sí, y las miradas de sus ojos fijas
sobre los tuyos sorprendí. ¿Turbarse
no le vistes? ¿llevar el vaso al rostro
tras de su áureo metal para ocultártele?
pues fue porque detras de tu cabeza
vió la mia en la sombra dibujarse.

BRE. Sí, todo ahora lo entiendo.

ROS. ¿Ahora lo entiendes?

Y el vil secreto que pasar dejaste
de tu pecho á mi pecho, ¿has comprendido
hasta dónde ¡infeliz! puede llevarte?
¡Si el rey lo comprendiera!

BRE. ¡Siempre... siempre
en mi mayor tormento se complace
vuestro vil corazon... siempre, do quiera
persiguiéndome vais, vais espiándome,
contándome los pasos que camino,
interpretando de mi voz las frases,
esprimiendo los mismos pensamientos
que aun á palabras no reduge: echándome
al rostro sin piedad mi desventura,
de mi misma virtud haciendo ultraje,
de mi pobre esperanza una por una
sin compasion las flores deshojándome.
¿Hasta cuándo, señora, este suplicio
ha de durar? Sin nombre me dejásteis,
sin mil derechos que al nacer obtuve,
cuando á la luz me dió mi regia madre.
Cuanto era mio, vuestro fue: nacida
bajo de real dosel, de reyes trage
noble y justa altivez, sin recordaros
los vasallos, los bosques, las ciudades
que pasaron á vos... y con todo ello
ofrenda os hice y os rendí homenage.
Él os amó y me dijo: "me interesa
que el trono rindas, que tu nombre calles,
que no entienda tu ser hombre nacido,
y olvidada de tí por otra pases."
Y olvidada de mí pasé por otra;
mi nombre ni mi ser no entendió nadie,
y naciendo señora me hice esclava
de quien necio adoró mi ciego...

ROS. ¡Infame!
¡que no salga jamas de tu garganta
ese nombre fatal, y al reclamarle
si te atreves un dia, ve, contempla
el abismo que caba inmensurable
entre tí y Rodimiro: porque es ese
el soplo que mantiene el fuego que arde
en tu pecho, Brenilda, ese es el ídolo

á que elevó tu corazon altares.

BRE. ¡Por compasion, callad!

ROS. ¡Oh, te amedrenta
que le conozca...! pero qué, ¿mas grave
será por ello tu torpeza? al cabo
es bizarro, galan, cortés, afable,
el escudo y sosten de Lombardía,
el trono con el rey divide casi.
¡Oh! ¡has elegido bien! no habrá en Italia
quien descontento tu eleccion te tache.
Luego es jóven, y hermoso; en rubios rizos
larga madeja de cabellos cäe
sobre sus anchos hombros; sus pupilas
radian cual radia en la serena tarde
entre purpúreo pabellon de nubes
el sol, tras la montaña al ocultarse:
su sonrisa es mas grata que el aroma
de la flor que en abril temprana nace,
y es mas grata su voz que el son tranquilo
con que murmura el aura entre los árboles.
¡Oh! ¡has elegido bien! cuántas matronas
mas espertas que tú, sus gracias träen
esculpidas en su alma: cuántas dieran
muchas horas de amor, muchos galanes
tiernos, enamorados, generosos
de su amorosa fé por un instante:
y tú casi en la infancia, al linde apenas
del campo de la vida, la red fragil
le tiendes de tu amor... tal vez á solas
con falsas esperanzas le persuades,
le ofreces...

BRE. Basta ya: tened la lengua,
que me avergüenza oir palabras tales
en vuestra boca real; y una sospecha
siento al oirós en mi pecho alzarse
que os hace tan odiosa ante mis ojos
cuanto si al rey...

ROS. ¡Silencio! ¡miserable!
¿Qué es lo que osas pensar?

BRE. Lo que no osara
si vuestra misma voz no me obligase
á concebir desde hoy.

ROS. Tus celos solo
inspirártelo pueden.
BRE. Tal vez margen
para ellos me han dado otros.
ROS. ¡Insensata!
calla, y tu crimen á ninguno achaques.
¿Tú te atreves á amar? ¿Sabes quién eres?
¿Ignoras que á morir puede llevarle
vuestro amoroso y criminal secreto?
BRE. ¿Nuestro? mio no mas: él no lo sabe.
ROS. ¿No lo sabe?
BRE. Jamas osó mi labio
ni aun dirigirse á él.
ROS. Ah, no me engañes,
Brenilda, ¿de ese amor...
BRE. Vive el misterio
solo dentro de mí.
ROS. ¿Cómo probarme
lo que dices podrás, si yo te he visto
una vez y otra vez fija mirarle,
y á él por encima del dorado vaso
sus ojos elevar para mirarte?
BRE. Errado habrán mis ojos, mas mi lengua,
mi corazon son puros; ni faltarme
jamas á mi decoro tanto pude
por mas que mi cariño me estraviase;
que yo jamas olvidaré, señora,
lo que me debo á mí, y aunque se rasgue
mi corazon de mi dolor al ímpetu,
devoraré en silencio mis afanes,
y sabré descender á mi sepulcro
víctima del dolor, mas no culpable.
ROS. ¿Tan severa virtud en tu alma jóven
con tan firme pasion á un tiempo cabe?
BRE. Cabe, sí; y pues que vos la comprendisteis,
si él la entiende á su vez (que acaso es facil),
al mismo rey declararé sin miedo
mi pasion...
ROS. Ay de tí si tal osares.
Brenilda, ese secreto es tu sentencia,
y solo vivirás mientras le guardes.
BRE. ¿Quién es esta muger, sagrados cielos,

que por do quiera á detenerme sale,
que á todas partes con furor me sigue,
doblando mi dolor en todas partes?
¿Con que no hay para mí paz ni reposo?
¿no hay piedad para mí? ¿fuerza es que cave
mi tumba gota á gota con mis lágrimas,
y paso á paso hasta mi tumba baje,
empujándome vos paso tras paso,
cuanto ame y cuanto espere arrebatándome?

ROS. Te ciega tu pasion: yo solo quiero
por el camino de tu bien guiarte,
purgándote de necias ilusiones,
harto indignas de tí... pero ya salen
del banquete... esas lágrimas enjuga,
y á servir á tu rey pronto prepárate
la última copa del festin: es honra
que te dispensa siempre, ya lo sabes.

BRE. ¿Qué me valdrá ¡ay de mí! secar los ojos,
mientras el corazon lágrimas mane?

ROS. ¡Hola, esclavos! las lámparas difundan
la necesaria luz.

BRE. (*Aparte.*) ¡Oh cielo, ampárame!

ROS. Le ama... ¡y cuánto! ¡oh furor! ¡y torpe acaso
en mi alma la dejé que penetrase
dándola un arma contra mí...! no importa.
Yo sabré para siempre separarles,
yo haré que entre los dos un muro inmenso,
inaccesible á entrambos se levante.

ESCENA III.

ALBOINO. RODIMIRO. ROSMUNDA. BRENILDA. BUCILIO.

ALB. ¡Bien lo hemos hecho por quien soy! y espero
que no se quejarán de nuestro trato
esos romanos viles que nos tienen
por salvages estúpidos y bárbaros.

BUC. Lobos son nada mas que ahullan cobardes
al verse en nuestras redes entrampados.

ALB. ¡Lobos! ¡Tienes razon!

BUC. ¡Qué ojos pusieron
sobre las mesas al mirar rodando

los vasos de oro de sus templos!

ALB. Era
convidar á el banquete necesario
á esos altivos ricos, cuyo miedo
puede á Italia tranquila conservarnos.
Y aunque acaso completo no hallarian
el servicio á que estan acostumbrados,
tuvieron que comer, tuvieron vino,
y se fueron con vida.

BUC. Ya las manos
me hormigueaban á mí viendo sus gestos
y melindres.

ALB. ¡Pardiez! ya se marcharon,
y cumplimos con ellos bravamente.

BUC. Eso sí, cual quien somos nos portamos.

ALB. Harto hacemos dejándoles la vida,
puesto que ya vencidos son esclavos.
En fin, ahora nosotros lejos de ellos,
sin ceremonias necias concluyamos
nuestro festin como acabarlo deben
húngaros valerosos y lombardos.
(*A Rosmunda y Brenilda.*)
¡Hola! ¿aqui estais vosotras?

ROS. Tus costumbres
sabiendo todo aqui te lo aprestamos.

ALB. Muy bien: esos imbéciles me han hecho
tragar sin reflexion vaso tras vaso
con sus rondas y brindis... y esos vinos
de Italia al paladar me son tan gratos
que á no ser yo quien soy fuera de tino
me pusiera tal vez. — ¡Ea! sentaos,
capitanes, aqui; todos en torno
mio, y como partimos en el campo
las lanzadas y golpes, la alegría
con mano franca por igual partamos.
Rosmunda, tú tambien: y tú, Brenilda,
sírveme á mí; á vosotros mis esclávos,
que estas manos son haces de azucenas
y á un rey sirven no mas. Ea, bebamos.

BUC. Mas por los cielos, Rodimiro, creo
que tú copa no apuras.

ALB. (*Con desden.*) Estasiado

en amoroso arrobamiento ha dias
anda.

ROD. Alboino...

ALB. De tu mismo labio
lo sé, tú me lo has dicho. Pero ahora
que lo miro mejor, ¡oh desdichados
(*Mirando á Brenilda y Rodimiro.*)
de vosotros si es cierto! esa memoria
me recuerda... Brenilda, tú has llorado.
Rodimiro, ay de tí si me has mentido.

ROD. ¡Yo mentir, Alboin!

ALB. Silencio. Cuando
su mano á demandar te has atrevido,
que ella estaba ignorante me has jurado
de tu insensato amor.

ROD. Sí, y estoy pronto
á volverlo á jurar; nunca llegaron
á sus oidos mis palabras.

ALB. ¿Cómo
la he visto, pues, el rostro adelantando
detras de ese tapiz mientras comiamos,
y cómo la volvias al soslayo
sus furtivas miradas?

BRE. *y* ROD. ¡Cielos!

ALB. Todo
lo penetran mis ojos, insensatos.
Oye, pues, Rodimiro; yo me avengo
á perdonarte amor tan temerario,
mientras es sentimiento que escondido
hierve en tu corazon; pero si osado
redujiste á palabra el pensamiento
para ponerle en sus oidos castos,
te juro por el cielo que nos cubre
que mueres esta noche.

BRE. ¡Cielos santos,
hay mas duelos aun! Señor, yo os juro
por cuanto respeteis por mas sagrado
que no me habló jamas.

ROD. Rey Alboino,
tú me conoces bien; yo he peleado
largo tiempo por tí; sabes mi esfuerzo,
sabes que mis consejos y mi brazo

te han servido con honra, y há bien poco
la Italia á conquistar te han ayudado:
pues bien, yo me he creido con derecho
para aspirar á galardon tamaño.
La he visto, la he amado: he acudido
á aquel que la guardaba, imaginando
que quien era el segundo de su reino
merecerla podria.

ALB. Te ha engañado
tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora
que tu lombardo brio amancillando,
has aprendido á hacer largos discursos
en la lengua servil de los romanos.
En Hungría pidieron siempre tierras,
castillos ó riquezas los soldados
en premio del valor, mas no mugeres.
Y si pensaste alucinarme acaso
con largas peroratas en la lengua
de la vencida Italia, esfuerzos vanos
para lucir tu ciencia de hoy escúsame;
porque á mí esos discursos estudiados
y esas floridas frases ni me mueven
jamas ni me convencen, al contrario,
me provocan á risa, porque creo
que donde hay mucha lengua hay pocas manos:
y porque tengo oidos para húngaros,
mas para perros de la Italia, látigos.

ROD. Castiga, pues, con ellos á tus perros,
mas no amagues con ellos á lombardos
como yo.

ALB. ¿Como tú? me inspiras lástima
y desprecio no mas. ¿Méritos altos
recuerdas de valor? ya lo has perdido.
Si en otros tiempos junto á mí has lidiado,
hoy bajo el cielo de la torpe Italia
envilecido te has: lo estan mostrando
los perfumados rizos de tu creucha,
tu esmerado vestir, tu afeminado
porte, en fin, tu aficion á los placeres
y el amor de quien cedes al halago.
Mas la muger sobre la cual tus ojos
te atreviste á poner, á mas bizarro

y fuerte corazon está ofrecida:
porque tal cual la ves, es noble tallo
de una rama arraigada en regio tronco
y con sangre reäl fecundizado.

ROD. Yo nunca pregunté para adorarla
qué sangre la dió el ser, ni cuáles trajo
títulos á tu casa: la vi en ella,
y me bastó encontrarla en tu palacio
para tenerla en mucho: ni es justicia
que por vivir su origen ignorando
en tu casa me insultes.

ALB. Rodimiro,
basta de arengas ya: tú has provocado
mi lengua, y la solté: si te ha ofendido
súfrelo; tu rey soy, tú mi vasallo:
y en cuanto á ella, que comprendas basta
que para tuya no nació. Bebamos.

ROD. Entonces, dame de tornar á Hungría
licencia.

ALB. No haces falta en mis estados:
cuando te plazca vuélvete.

ROS. Alboino,
considera, señor, que largos años
te sirvió con honor; que fue tu amigo,
y si osó contrariarte, sabrá manso
olvidar ese amor.

ROD. Nunca.

ALB. Rosmunda,
¿tú tambien (lo sospecho) te has pagado
de su hermosura juvenil? ¿que parta
por no volverle á ver sientes acaso?

ROS. ¡Alboino!

ALB. Rosmunda, te conozco;
mas con ventajas tus traiciones pago,
y por muchas que me hagas, ya te llevo
una bien estremada de adelanto.
Mas, ¿qué digo? perdona las brabatas
de unos celos imbéciles. Bebamos.
Toma, Bucilio: Rodimiro, toma,
y necias disensiones apartando
tú aqui en mi copa de marfil, Rosmunda,
conmigo beberás. Ya sabes que hago

de esta copa alta estima, y que con ella
concluyo siempre mi festin diario,
y en la corte, en la caza, en la campaña
siempre me sirvo de ella.

ROS. Lo he notado.

ALB. Hondo misterio en su labrada taza
consignó mi poder, y há tiempo largo
que mis labios no mas llegan á ella.
De mi injusto rigor en desagravio
hoy te la ofrezco; *bebe pues, Rosmunda,*
que con tu padre bebes.

ROS. ¿Eh? no alcanzo
lo que me dices. ¿Con mi padre bebo?

ALB. Con su memoria, sí. De un sorbo acábalo.

ROS. Sea.

ALB. Asi trato á los que en mucho estimo.

ROS. Gracias.

ALB. ¡Já, já, já, já! Señores, vámonos.

(*Alboino vase, llevando por delante á Brenilda, y siguiéndole Bucilio. Rosmunda y Rodimiro quedan cada uno á un lado de la escena.*)

ESCENA IV.

ROSMUNDA. RODIMIRO.

ROS. Esa risa feroz... me ha estremecido...
Sí, ¡alguno encierra pavoroso arcano
que no comprendo bien! siempre lá suelta
al complacerse en algun mal.

ROD. Salgamos
de este palacio, en que el vapor se aspira
del crimen.

ROS. ¿Mas quién osa...?

ROD. Ya me aparto;
perdonad...

ROS. Rodimiro... ¿aqui qué esperas?

ROD. No espero; parto; ¡á Dios!

ROS. Tente: ¿los pasos
del rey no sigues?

ROD. No. Para mis plantas
se abre el camino por opuesto lado.

No haces falta, me ha dicho, con que nada
me resta ya que hacer en su palacio.

ROS. Palabras que á un amigo se le dicen
tal vez en un colérico arrebato,
mas que se olvidan luego.

ROD. En mi memoria
quedarán indelebles, y en el campo
volvérselas espero en algun dia
con la misma arrogancia.

ROS. ¿Con que tanto
amas á esa muger, que por negártela
le aborreces asi?

ROD. Sí, la idolatro.
Por la esperanza de lograrla un dia
me uní á Alboino, combatí á su lado,
le ayudé en sus tiránicas conquistas,
testigo de sus crímenes infandos;
mas hoy que me la niega, hoy que se apaga
mi esperanza, el ambiente emponzoñado
no quiero respirar con que él respira,
y en verme su enemigo me complazco.
Voy de la suya á dividir mi gente
y á partir de Verona, pero aguardo
volver dentro de poco á su presencia
á pedir con las armas en la mano
lo que tal vez á mis servicios debe.
Y ¡ay de él entonces!

ROS. Cálmate, ¡oh gallardo
capitan!

ROD. ¡Ah! ¿calmarme cuando pierdo
en solo un punto cuanto espero y amo?

ROS. Pues esperas en balde: esa doncella,
nacida en regia cuna, y al cuidado
de Alboino encargada por su padre,
solo se debe unir en puro lazo
con quien ciña corona y cetro empuñe
cual conviene á su origen soberano.

ROD. Pues bien, hablad; ¿cuál es? ¿quién es su padre?
¿dónde tiene su imperio? ¿en qué apartado
rincon del mundo reina? Iré á buscarle,
y ambas rodillas á sus pies doblando
le pediré á Brenilda.

ROS. Y rey no siendo,
¿con qué derecho pedirás?
ROD. Soldados
tengo y tierras, soy noble, y atrevido,
y avezado á la guerra: el mundo es ancho,
y nunca un sitio en donde alzar un trono
me ha de faltar si con el trono pago.
ROS. ¡Oh, y lo mereces!
ROD. ¡Ah! vos de mi parte...
ROS. No, por mi vida no: te has engañado.
¿Yo de tu parte en tu amor ciego? nunca:
primero el corazon me harán pedazos.
ROD. No acierto á comprender...
ROS. Pues... ¿no lo oiste?
"¿Y tú tambien, Rosmunda, te has pagado
de su hermosura juvenil? ¿que parta
por no volverle á ver sientes acaso?"
El mismo te lo dijo, él, Alboino...
pues bien, dijeron la verdad sus labios.
No partirás; delante de mis ojos
quiero tenerte siempre, porque te...
ROD. Harto
habeis dicho, señora; y si la mente
con pensamiento tal habeis manchado,
y el torpe corazon con tal deseo,
la lengua no mancheis ciega esplicándolo.
Ea, partir, dejadme; me avergüenza...
ROS. ¡Qué, infeliz!
ROD. El haberos escuchado.
ROS. ¿Y el haberme entendido?
ROD. Sí, Rosmunda.
ROS. Pues es secreto que vender no trato
si no á precio subido: y pues lo sabes,
piensa que fuerza te será pagármelo,
porque al pasar de pensamiento á dicho
fuerza es cumplirle ó sepultura darlo.
ROD. Las amenazas y el amor desprecio
de quien no sea Brenilda.
ROS. Mentecato,
Brenilda, como tú víctima mia,
en mi poder está... mas concluyamos.
Yo el desamor á perdonar me avengo,

pero el desprecio no; y pues ocultarlo
no supe de Alboin, desde hoy á todo
por mí me atrevo, y por tu amor lo abarco,
y en punto tal el mundo pondrá inútiles
á mi venganza ó á mi amor obstáculos.
Mugeres como yo no se desprecian
en vano, Rodimiro; y si yo cambio
los nombres de los dos cuando esta escena
revele, y este amor en que me abraso
te lo atribuyo á tí, burla, desprecio
de Brenilda serás, del vulgo escarnio,
objeto de la saña de Alboino,
y su víctima luego en el cadalso.
Todo de un solo golpe te lo quito,
toda de un soplo tu esperanza apago.

ROD. ¡Basta, infernal muger! digna te miro
de tu reäl esposo; á un amor casto,
¿cómo puede ayudar quien parte el lecho
con un monstruo como él?

ROS. Mas de sus manos
puedo arrancarte yo, ó ponerte en ellas
para morir, y piénsalo despacio,
que yo te necesito amante ó muerto,
y si no cedes al amor te mato.

ROD. Moriremos los dos.

ROS. ¿Tú me amenazas?

ROD. Sí; fias en tí misma demasiado,
y esperas de Alboino lo que juzgo
que ya no lograrás.

ROS. Piensas acaso
que quien me debe la corona...

ROD. Pienso
que hay dos hombres en él, distintos ambos,
el marido y el rey: y este del trono
que le usurpó á tu padre asegurado
cuando pueda saldrá de tí el marido
que bebe en esa copa.

ROS. Habla mas claro.
¿Qué me quieres decir? ¿tú en esa copa
conoces el misterio consignado?

ROD. Sí; y no esperé arrojarle de mi pecho
en tu cámara misma revelándolo;

pero ya que me dices "ama ó muere,"
oye, Rosmunda, y tiembla contemplando
qué es lo que puedes esperar del hombre
con quien casada estás... mas ve si acaso
pueden de sus oidos al alcance
mis palabras salir.

ROS. (*Cierra las puertas.*) Di confiado;
pero sé breve.

ROD. Escucha, pues: tú sabes
que el casarse Alboin contigo, solo
fue por asegurar con tal enlace
la usurpacion tirana de este reino
que á tu padre quitó.

ROS. Sí; ¿mas no sabes
que yo para mi amor ganarle supe,
y que me amó despues?

ROD. Sí; mas es facil
que ignores tú que amaba á Clotosinda
tambien, y al meditar que desposándote
tu trono aseguraba, en unas yerbas
la dió la muerte.

ROS. Sí; pero no sabes
que hasta el amor que profesó á los hijos
de Clotosinda, al mio en homenage
rindió, y al buen Comundo á ruegos mios
perdonó, y aun logré que le amparase
en vez de perseguirle, y á la sombra
de su amparo vivió.

ROD. Sí; mas no sabes
la muerte de tu padre el rey Comundó.

ROS. Sí, la supe despues; el miserable,
no pudiendo sufrir verse vencido,
espiró en Lombardía... mas ¿cuál trae
todo eso relacion con el misterio?

ROD. ¡Ah, me das compasion! inmenso te abre
un abismo á los pies ese Alboino
de quien esperas que te atienda en balde,
y en vano juzgas conocer, en vano
fias en tu poder un solo instante.

ROS. La corona me debe, y todavía
como en esos balcones me asomase
gritando: ¡guerra! como tigres vieras

levantarse en mi nombre mil parciales.

ROD. Llámalos, pues, y si saldrán veremos
de las sangrientas urnas en que yacen.

ROS. Te lo juro en verdad; ¡pobre mancebo!
me haces reir queriendo amedrentarme.
Siempre ha de ver en mí la que amó un dia.

ROD. La que víctima fue de mis maldades.

ROS. ¿Víctima...? tú deliras.

ROD. Tú, Rosmunda,
sí que deliras, tú: siempre callarte
quise por compasion este misterio,
mas pues tú misma le provocas, sábele:
no tienes un amigo, sus cabezas
rodaron una á una: y execrable
venganza de tu padre al fin tomando,
él mismo le mató.

ROS. Mientes.

ROD. Su sangre
dió á sus caballos á beber, y mira:
¿ves esa copa que precioso engarce
de oro circunda?

ROS. Sí.

ROD. De ella se sirve
desde tu misma boda; á todas partes
la lleva.

ROS. Sí; concluye.

ROD. ¿Y no has oido,
Rosmunda, las palabras infernales
con que te la brindó? "¿Bebe, Rosmunda,
que con tu padre bebes?" Pues bien, sabe
lo que aquellas palabras significan,
y tu esperanza de una vez acabe:
esa ancha copa que marfil parece
no es mas que el hueco cráneo de un cadáver.

ROS. ¡Qué horror!

ROD. ¿No has comprendido todavía
cuyo es, Rosmunda?

ROS. No.

ROD. Fue de tu padre...

ROS. ¡Ah! (*Un momento de pausa.*)

ROD. Piensa qué esperar debes abora.

ROS. Una cosa no mas.

ROD. ¿Cuál es?
ROS. Vengarme.
ROD. Es tarde ya.
ROS. No, no; déjame sola,
déjamelo pensar; y si salvarte
quieres, y quieres á Brenilda, aparta
á ese aposento hasta que yo te llame.
ROD. Vana ilusion; es tarde.
ROS. Rodimiro,
mientras vive Rosmunda, nunca es tarde.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

Parte segunda.

ESCENA PRIMERA.

ROSMUNDA.

¡A mirarla ¡ay de mí! me atrevo apenas!
¿con que es verdad? ¿burlada, escarnecida
de tan horrible modo...? ¡y yo, insensata,
que en esa copa sin pavor bebia
mientras sus labios sonriendo...! ¡bárbaro!
¡venganza solo de salvages digna
ha sido tu venganza! ¡Ni aun sepulcro
le diste...! ¡ay, que esta idea me horroriza!
¡Mísero padre mio! ¡y yo pensaba
ir á verter sobre su tumba un dia
la última gota de sincero llanto
que mis enjutos párpados abrigan!
¡Yo, que anhelaba del sepulcro al menos
en el borde fatal, ya que no en vida,
el postrimero ¡á Dios! dar á sus restos
porque durmiera el ánima tranquila!
¡Y no hay tierra ¡qué horror! que los cobije,
no hay urna que los guarde, mientras su hija
parte el lecho nupcial con el verdugo
y con su seca calavera brinda!
¡Sombra insepulta de Comundo... acaso
vagas en torno de la mesa misma
en que tu cráneo sirve demandando
represalia de mofa tan sacrílega!
¡Venganza, sí, venganza! ¡oh padre mio!

Yo te la debo, y la tendrás cumplida
en él y en cuantos tengan de su raza
un átomo no mas: ¡oh! y la tendrias
aunque fuera preciso para dártela
tornar mis propios reinos en ceniza,
y sorber gota á gota en ese cóncavo
toda la sangre de su vil familia.
¿La ira que te animó contra mi padre
has hecho caer en mí...? tú legitimas
mi venganza, Alboino: ¡oh! por ventura
hijos tienes tambien de Clotosinda,
de la que tanto amaste... me estremece
la barbarie al sondar de nuestras iras;
pero al pensár en mi insepulto padre
mi saña mas atroz será justicia.

ESCENA II.

ROSMUNDA. ALBOINO.

ALB. ¿Aqui Rosmunda aun?
ROS. Él es: mi sangre
se agolpa hirviendo al corazon.
ALB. ¿Qué ideas
tan absorta la traen?
ROS. Siento sus ojos
clavados en mi faz, y puedo apenas
impedir que al calor de sus miradas
el carmin de la rabia me enrojezca.
Alboino.
ALB. Rosmunda. ¿Aqui tan sola
por las cámaras reales? ¿en qué piensas?
ROS. Pensamientos bien tristes me acompañan,
Alboino, y me alegro de que vengas.
ALB. Jamas supe con labio compasivo
consuelo dar á mugeriles penas,
ya lo sabes, Rosmunda; y si es que ahora
sobre tu corazon alguna pesa
no la intentes partir con Alboino,
que solo sabe dominar.
ROS. No temas,
no, que al pesar que el corazon me agovie
consuelo demandar al tuyo quiera.

ALB. Ni tampoco á mi voz.
ROS. Tampoco: solo
quiero que tú mis pensamientos sepas,
por si quieres cumplirme en algun dia
el deseo que en mí tales los crea.
ALB. Di pues.
ROS. Pienso en mi padre, el rey Comundo.
ALB. ¡Séale leve la mortuoria piedra!
ROS. ¿Mas dónde está?
ALB. ¿Y por qué me lo preguntas?
ROS. Porque algun dia visitar quisiera
su solitaria tumba, algunas flores
dejando y una lágrima sobre ella.
ALB. Muchas veces, Rosmunda, me lo has dicho,
y has oido otras tantas mi respuesta;
nunca, yo vivo, la verás; las tumbas
inspiran melancólicas ideas,
y no quiero que nunca al lado mio
sus sombrías memorias te entristezcan.
ROS. ¿Con que al fin tu furor es implacable,
y ni aun al borde de las tumbas cesa?
ALB. No; mas fue mi enemigo; la fortuna
me puso enfrente de él, y si á ver llegas
su sepultura, al recordar su muerte
la causa recordar te será fuerza.
ROS. Tal vez no tiene sepultura honrada,
y te causa rubor que yo la vea.
ALB. Tiene un palacio por sepulcro... y gentes
que contínuo le cuidan y le cercan,
y basta de ello ya.
ROS. Solo, Alboino,
quisiera confesarte... una flaqueza,
tal vez, un infantil remordimiento,
pero que roe sordo mi existencia.
Dicen que en paz el alma no reposa
del triste padre que en el mundo deja
hijos que en su sepulcro no colocan
con pia mano funeraria ofrenda.
ALB. Delirios.
ROS. Aseguran que su sombra
vaya invisible en su redor, y lenta,
triste y desnuda de su lecho en torno,

en la callada noche se pasea.
¿No la has sentido tú?

ALB. ¿Yo? desvarías.

ROS. Mas, ¿ni aun tu sueño alguna vez altera
su memoria?

ALB. Jamas; mis enemigos
si mueren una vez no se presentan
ante mis ojos mas, ni mi memoria
en sueño ni en vigilia los recuerda.

ROS. Tienes un corazon...

ALB. Lo sé, de bronce,
un corazon audaz en que se estrellan
todos esos menguados sentimientos
que al guerrero envilecen. Los que reinan,
los que mandan ejércitos que arrastran
detras de su corcel á la pelea,
los que el imperio donde nacen miran
cual jaula vil que su valor encierra,
y de algo mas sintiéndose capaces
los hierros viles de su jaula quiebran
para buscar espacio á sus alientos,
y para dar ensanche á su grandeza,
un corazon de bronce como el mio
deben tener, Rosmunda; una alma entera
incapaz de temor, y un pie tan firme
que haga á su paso estremecer la tierra.

ROS. Un corazon de tigre como el tuyo,
que ni á los hombres ni á los cielos tema.

ALB. Tú lo dices, Rosmunda; y pues lo sabes,
fuerza será que tu destino veas
en mí, que soy tu dueño, porque nada
mi corazon contrasta ni doblega,
y cuanto encuentre á su camino opuesto
es fuerza que se humille ó que perezca.
Y óyeme bien, porque te estoy notando
un no sé qué de lúgubre y siniestra
que no comprendo, y para que obres cauta
lo que pienso de tí quiero que sepas.
Yo aborrecí á tu padre; contra él solo
salté feroz las húngaras fronteras,
y me lancé sobre él como un torrente
resuelto á esclavizar toda su tierra.

Peleamos, vencí; volvió los suyos
á juntar, y otra vez á la refriega
torné á vencerle yo; quedó mi esclavo,
y cautiva con él su raza entera.
Entonces me llamó contra el romano
injuriado Narretes, y revuelta
no queriendo dejar á mis espaldas
tu nacion humillada, con destreza
acerté á mantener lo conquistado,
cuando (mi esposa Clotosinda muerta)
legitimé casándome contigo
el derecho que obtuve por la fuerza.

ROS. ¿Y mi padre?

ALB. No mas me lo recuerdes:
aun vive en mí su enemistad ilesa,
y un poco que te amé por tu hermosura
se me puede olvidar si me impacientas.

ROS. Alboino.

ALB. Rosmunda.

ROS. El pueblo mio
puede acordarse de que soy su reina.

ALB. Yo haré que al punto mismo se le olvide
para siempre.

ROS. ¿Con qué?

ALB. Con tu cabeza.

ROS. ¡Monstruo! ¿serás capaz?

ALB. De todo: ahora
mas que nunca, Rosmunda; y porque entiendas
cuánto te importa ser prudente, sabe
que deben los romanos á las puertas
de Verona llegar en esta noche,
y yo salir á recibirlos fuera.
Mas recoge, Rosmunda, esa sonrisa
que á tu labio asomó, porque penetran
mis ojos en tu pecho y tus ocultos
intentos leen.

ROS. ¡Oh cielos!

ALB. La sospecha
roe mi corazon: esos lombardos
que á Rodimiro siguen, si se quedan
dentro de la ciudad pueden venderme;
les saco, pues, conmigo á la pelea;

mas sin su capitan... aun no respires...
escucha cómo en la ciudad se queda.
Gobernador contigo en nombre mio
el pueblo todo lo creerá en mi ausencia:
sus lombardos asi saldrán seguros
y lidiarán leales: mas en estas
salas presos los dos ni á los balcones
os debeis acercar hasta mi vuelta.
Ni una señal, ni una palabra debe
revelar vuestro estado. Y la primera
hará saltar la espada de Bucilio,
que velará sobre vosotros. Prenda
de salvacion, tal vez de represalias
Brenilda ser para los dos pudiera
si en vuestras manos la dejara, pero
todo lo calculé, y en las tinieblas
del alcázar saldrá, y en mas seguras
manos la dejaré. Si fuere adversa
mi suerte y me vencieren los romanos,
de ninguno de entrambos será presa,
que no quiero de mí que os vengueis nunca
en el único ser que amo en la tierra.
Mas si vuelvo triunfante... para entonces,
Rosmunda, ajustaremos nuestras cuentas.
¡Silencio! Yo os conozco. Rodimiro
ama á Brenilda, acaso le ama ella;
mas tú le amas á él, y por vengarte
de todo eres capaz; los celos ciegan.
Él, capitan valiente, hombre gallardo
y enamorado asaz, por obtenerla
todo lo emprenderá, y estoy resuelto
de fuerza ó grado á que jamas la obtenga.
Es un arbol fatál que me hace sombra,
es una fama á mi renombre opuesta,
es un hombre que marcha al lado mio
y casi igual á mí crece y se eleva,
y estoy celoso de él, y necesito
hundir bajo mi planta su soberbia.

ROS. ¿Con que es decir...?

ALB. Que morirá.

ROS. ¡Malvado!

ALB. El amor de Brenilda es su existencia.

ROS. Di que es su gloria, su valor, tus celos.
ALB. Su gloria y su valor se la aceleran;
donde Alboino está quiere estar solo,
donde reina Alboino nadie reina,
y el que á sus pies no doble la rodilla
doblará ante su espada la cabeza.
Hé aqui mi historia, pues: hé aqui mis leyes:
hé aqui mi corazon: lo que haces piensa.
Bucilio.

ESCENA III.

ALBOINO. ROSMUNDA. BUCILIO.

BUC. Aqui me tienes.
ALB. ¿Está todo?
BUC. Todo.
ALB. A ordenar voy, pues, mis haces: presta
vuelta daré; tu obligacion no olvides.
BUC. Fia.
ALB. Aqui estan los tres; guarda las puertas.

ESCENA IV.

ROSMUNDA. BUCILIO.

ROS. ¿Qué es lo que aguardas tú?
BUC. ¿No habeis oido
las órdenes del rey?
ROS. Desde alli fuera
puedes tambien guardarlas: en mi cámara
sola quiero quedar: ¿lo oyes? despeja.
BUC. Yo sé lo que el rey quiere.
ROS. ¡Ira del cielo!
¿Y no sabes tambien que soy la reina?
¡Atrás!
BUC. Señora.
ROS. ¡Atrás!
BUC. Ved que velando
junto al dintel estoy.
ROS. Donde tú quieras,
como no sea ante mis ojos. Bueno. (*Cierra la puerta.*)
Estos breves instantes que me restan

aprovechar sabré. "Hé aqui mis leyes:
hé aqui mi corazon: lo que haces piensa."
Dijo: ya lo pensé: todo por todo
voy á arriesgarlo, sí: ¡vengada ó muerta!
Implacable como él, bárbara, impía
seré á mi turno; pero pronta, diestra,
ni aun tiempo le daré... ¡necio! ¡insensato!
que el alma me descubres y me dejas
vivir un punto mas... ¡rey Alboino,
verás tu imprevision lo que te cuesta!
Rodimiro.

ESCENA V.

ROSMUNDA. RODIMIRO.

ROD. ¡Traidor!
ROS. ¿Oiste?
ROD. Todo.
¡Tirano vil!
ROS. Mas bajo; nos acechan.
ROD. ¡Encerrados aqui!
ROS. Y con tus lombardos
victorioso quedar, aguarda mientras.
ROD. No, todos á mi voz en un instante
acudirán á mí.
ROS. Tente; ¿qué intentas?
ROD. Desde cualquier ventana...
ROS. Serás muerto
antes que á alguna aproximarte puedas.
La espada de Bucilio al dar un paso
mas allá de esta cámara te espera.
ROD. ¡No tengo yo la mia!
ROS. Él tiene muchas
en torno suyo contra tí dispuestas.
ROD. El corage me ahoga.
ROS. Razon tienes,
grande, sobrada, poderosa, inmensa;
mas un momento cálmate.
ROD. ¿Calmarme,
cuando toda la sangre se aglomera
sobre mi corazon, que aqui en mi pecho
no cabe de furor? ¿calma? ¿paciencia?

¿ cuando acabo de oirle que me mata
por la gloria que he dado á sus banderas ?
¿porque junté mis armas con las suyas
para doblar sus triunfos con mis fuerzas ?
¿Calmarme, cuando veo en un instante
que en vez de una anhelada recompensa,
mis hazañas, que á un trono le llevaron,
solo á una muerte sin honor me llevan?
¡Calmarme! tú podrás, que tambien tienes,
lo mismo que él, el corazon de piedra.
Yo no, que tengo sus injurias todas
en mi afrentado corazon impresas.

ROS. ¿Y no las tiene el mio, Rodimiro?
¿no tiene injurias que vengar? ¿afrentas
que estan clamando por venganza como
ellas son de satánicas y horrendas?
¿No pide, di, venganza esa vil mofa
tantos años seguida... ver espuesta
la cabeza del padre asesinado
ante mi vista y en mi propia mesa?
¿Crees acaso que un punto en mis oidos
las palabras horribles no resuenan
que nunca comprendí? "*Bebe, Rosmunda,*
que con tu padre bebes."

ROD. Cesa, cesa,
que me espanta, Rosmunda, el torbo brillo
que tus sangrientos ojos reverberan.

ROS. Eso es que trasparentes mis pupilas
le dejan ver del corazon la hoguera.

ROD. Sí, sí; tienes razon.

ROS. ¿Crees aun mi calma
hija de un alma á las injurias muerta?

ROD. No, te creo capaz...

ROS. De todo ahora:
mas á no errar el golpe, bien resuelta
busco yo mi venganza como debo,
no con el corazon, con la cabeza.
¿Quiéres unir tu suerte con mi suerte?

ROD. No te comprendo bien.

ROS. Su pronta vuelta
al partir anunció; de un solo golpe
lograr podremos la venganza nuestra.

ROD. Habla, el valor me sobra.
ROS. No hará falta
mucho valor.
ROD. ¿Qué, pues?
ROS. Mucha destreza,
mucho silencio, sobre todo: escucha.
Tú mandas cierta tropa...
ROD. Ya lo sabes.
ROS. ¿De su fidelidad tienes completa
confianza?
ROD. Vasallos de mis padres
son, y nacidos en mi patria mesma.
ROS. ¿Y estan á tu servicio...?
ROD. Voluntarios:
á mí en el mundo nada mas respetan;
aliados, no vasallos de Alboino.
ROS. Pues yo sé por dó se abre una poterna
que sale de este alcázar á las ruinas
de ese templo romano. Una vez fuera
de aqui, uno de los dos á tus lombardos
meter puede á esta cámara por ella.
ROD. Guia; como una vez me vea libre,
caeré sobre él con mi legion entera.
ROS. No, puede descubrir tus movimientos,
y á los suyos llamar en su defensa.
ROD. Tarde será.
ROS. Se encerrará en palacio.
ROD. Y yo le sitiaré dentro su regia
mansion: es mi venganza mas segura.
ROS. No, Rodimiro, no: de esa manera
tu venganza es segura; pero en cambio
á mí me hará colgar en las almenas
por haberte salvado. No, yo sola
del alcázar saldré, y á las cavernas
llegaré de los tuyos á anunciarles
el peligro mortal que te rodea.
ROD. ¿Mas si llega Alboino antes que tornes...?
ROS. Respetar necesita tu existencia
mientras pueda esperar que tus soldados
le ayuden á vencer: ¡oh! nada temas.
ROD. Pero ¿cuál es tu plan?
ROS. El devolverle

venganza por venganza; y cuando vuelva
á saciar la que aguarda de nosotros,
dé en la que en cambio prevenida tenga.

ROD. Dices bien.

ROS. Por si acaso desconfian
tus lombardos de mí, dame una prenda
que crédito me dé.

ROD. Mi anillo.

ROS. Tráele;
¿es señal convenida?

ROD. Si; cualquiera
de ellos bien le conoce, y al mostrársele
todos resueltos seguirán tus huellas.

ROS. Tú, aguárdame entre tanto.

ROD. Aqui te espero.

ROS. Cuida bien que tu rostro no nos venda
la inquietud de su pecho revelando
en la turbada faz.

ROD. Está serena.

ROS. Ni mirada, ni voz, ni ¡ay! ni suspiro
te haga traicion.

ROD. Vé en paz.

ROS. Él su anatema
sobre ambos fulminó: púsonos á ambos
juntos para morir en su sentencia;
y pues nos junta el cielo á la venganza,
yo juro quedar hoy vengada ó muerta.
A Dios.

ROD. Aguarda.

ROS. ¿Qué?

ROD. ¿Si te descubren...?

ROS. No ha de ser antes que los tuyos sepan
tu situacion, y á tu socorro lleguen.

ROD. ¿Mas si acaso morir te aconteciera?

ROS. Entonces pon mi muerte en el platillo
de la balanza fiel de tus afrentas.

ROD. ¿Y si me toca á mí?

ROS. Lo que yo haria
haz.

ROD. ¿Qué?

ROS. Arrostrar tu suerte con fiereza,
y bajar en silencio á tu sepulcro

sin estorbar á la venganza agena.

ROD. Te comprendo muy bien.

ROS. Si me comprendes,
cuanto á ambos nos importa considera;
que el que caiga no estorbe al compañero,
siguiendo ambos á dos la misma senda.

ROD. Caeré sin estorbarte tu camino:
fia en mí.

ROS. Y en mí tú.

ROD. Vé, pues.

ROS. Pues vela.

ESCENA VI.

RODIMIRO.

Tiene razon esa muger. Oculta,
sorda y en las tinieblas preparada,
como ese vil tirano nos la apresta,
asi debe de ser nuestra venganza.
Ha discurrido bien: todo por todo;
mas esa fria reflexion me espanta
con que todo lo mira y lo calcula
y el tiempo mide, y la ocasion señala.
¡Tal es la ofensa empero! ¡un dia y otro
con escarnio tan bárbaro mofada
en su amor y en su estirpe escarnecida!
Sangre, aliento de hiena en sus entrañas
tienen ambos á dos; y me parece
que el aire que se aspira en este alcázar
es un vapor de crimen que empozoña
con onda sed de crímenes el alma.
¿De dónde, de qué padres, de qué tierra
maldita viene tan maldita raza,
que asi cuanto hay entre los hombres sacro
con tan frio furor vende y ultraja?
¡A quién leal les sirve, le escarnecen!
¡Sentencian á morir á quien les ama...!
¿Quién me juntó con ellos? ¿Quién me trajo
á Verona...? mas... oigo en esa estancia
pasos... se acercan, sí. ¿Si esa Rosmunda
me venderá tal vez...? ¡Oh! acompañarla

debí, seguirla por do quier... ¿qué digo?
¡Dejarla aqui á Alboino abandonada!
No; su afrenta es mayor: yo soy un hombre,
y saber debo sucumbir salvándola.
A esa puerta llamaron...

BRE. (*Dentro.*) ¿Alboino?

ROD. Ese acento... ¿quién va?

BRE. (*Dentro.*) Brenilda.

ROD. Mi alma
reconocióla al punto.
(*Abre la puerta adonde Brenilda llama.*)

ESCENA VII.

RODIMIRO. BRENILDA.

BRE. ¡Ah...! Rodimiro.

ROD. Sí, yo soy.

BRE. Ay de mí. (*En accion de retirarse*

ROD. (*Deteniéndola.*) Deten la planta
un momento no mas: la vez primera
es esta en que logré fortuna tanta,
y por si es á la par la postrimera
perder no quiero esta ocasion.

BRE. Levanta.
Déjame.

ROD. No, Brenilda; ya lo oiste
de boca de Alboino, te amo.

BRE. Calla.

ROD. En vano el labio á la pasion resiste;
del respeto el amor rompe la valla,
sábelo al fin: si me ligué á Alboino,
fue nada mas que por seguirte y verte:
si he sembrado de glorias mi camino,
ha sido nada mas por merecerte.
Permanecer en tu palacio ahora
es no tener valor de abandonarte,
y callar la pasion que me devora
recelo nada mas fue de enojarte.
Mas hoy que ageno labio en tus oidos
resonar de mi amor hizo el secreto,
los mios se resuelven atrevidos

á llegar de mi amor al santo objeto.
Sabe, pues, de una vez, Brenilda, sabe
lo que en mi solo corazon no cabe.
Yo te amo, sí, te adoro.

BRE. ¡Rodimiro,
déjame por piedad!

ROD. ¡Brenilda mia,
tú eres el aire con que yo respiro,
tú eres la estrella que mis pasos guia,
tú la felicidad por quien deliro:
tu vista es para mí la luz del dia;
será tu nombre mi postrer suspiro,
mi anhelo amarte, mi temor perderte,
tu amor mi ser, tu desamor mi muerte.

BRE. Calla, que tus palabras me fascinan,
y en mis oidos resonar no deben.

ROD. Son la verdad no mas.

BRE. ¡Ah, me asesinan
esas verdades que á escuchar me inclinan.

ROD. ¿A escuchar? ¿es decir que si se atreven
mis ansias á esperar...

BRE. No, te alucinan;
apártate de mí.

ROD. ¿Me huyes? ¡ingrata!
Yo creí ver en tus radiantes ojos
siquiera compasion... mas con enojos
me apartas: ¡ay! que tu traicion me mata.
Yo creí que tus ojos me seguian
con cariñoso afan, que penetraban
mi corazon, y el fuego comprendian
que ardia dentro de él... mas me engañaban
cuando á los mios responder fingian
y con falsa espresion me contemplaban.
¡Tal es el fin de mi pasion sincera!
cumplo, pues, mi destino: ¡á Dios!

BRE. Espera.

ROD. ¿Espera, dices, y la hermosa mano
me tiendes...? ¿y una lágrima perdida
resbala por tu rostro soberano
en el momento de partir vertida?
¿Al corazon arrancas un suspiro?
Acaba de una vez: ¿cuál en tu lloro

misterio se me esconde?

BRE. ¡Rodimiro!

ROD. Habla.

BRE. No puedo mas; ¡sí, yo te adoro!

ROD. ¡Oh instante puro de placer supremo!
¿Me amas, Brenilda mia?

BRE. Sí, te amo.
¿Cómo ocultar la llama en que me quemo,
cuando ves que estas lágrimas derramo
al estrecharte entre mis brazos? Mira,
tú eres solo la luz de mi existencia,
el aire tú que el corazon respira,
tú vital parte de su propia esencia,
tú la felicidad por quien suspira.
Tu presencia es mi bien, mi mal tu ausencia,
mi anhelo amarte, mi temor perderte,
tu amor mi ser, tu desamor mi muerte.

ROD. ¡Alma mia!

BRE. Mis ojos no mentian
cuando tus bellos ojos acechaban
y tus tiernas miradas te volvian;
mas ¡ay de mí! los ojos nos perdian,
que otros ojos tambien velando estaban.

ROD. ¿Qué importa, si á este punto nos trageron?

BRE. No, que un abismo á nuestros pies abrieron.
Oye, el rey Alboino
tal vez eterno manantial de pena...

ROD. ¡Ese tirano vil...!

BRE. La lengua enfrena,
porque á su voluntad me ató el destino.

ROD. Todo lo puedo con tu amor ahora;
soldados tengo, esfuerzo generoso.
¿Quién no osa á todo por el bien que adora?
Huyamos de ese tigre rencoroso.

BRE. Rodimiro, jamas: juzgas en vano
que la razon en mí pierda su imperio.

ROD. Condena nuestro amor.

BRE. Sí.

ROD. ¿Y su tirano
imperio no huirás?

BRE. No... es un misterio...

ROD. Sepa yo al menos su fatal arcano.

BRE. Es inútil.

ROD. ¿Por qué?

BRE. Porque sería
convencerte no mas del muro inmenso
que nos divide.

ROD. Sí, su tiranía
nada mas.

BRE. Su poder.

ROD. Que ignoras pienso
sus leyes.

BRE. No.

ROD. ¿Luego mi muerte sabes?

BRE. ¡Cielos! ¡tu muerte!

ROD. Con cruel sentencia
me condenó á morir.

BRE. ¿Mas por qué graves
delitos?

ROD. Por tu amor.

BRE. ¿Mas en presencia
(*Aparece Rosmunda por donde salió de la escena, y al verlos se detiene y escucha.*)
de quién? ¿quién lo ha escuchado?

ROD. Yo mismo, yo, Brenilda.

BRE. ¿Tú?

ROD. Y Rosmunda.

BRE. ¡Oh! ¡siempre esa muger! emponzoñado
cuanto ella toca está... siempre fecunda
en daños su alma vil, por donde quiera
que va derrama el mal.

ROD. Hoy en mi suerte,
Brenilda, es á la par mi compañera.

BRE. ¡Ah! desconfia de ella, que á la muerte
te conduce: los celos la devoran.
Te ama.

ROD. Y yo la detesto. Mas escucha,
salvar mi vida la interesa ahora;
sin mí es perdida, con mi fuerza lucha.

BRE. ¿Lucha? ¿y con quién?

ROD. Con Alboino.

BRE. ¡Cielos,
una traicion!

ROD. Una justicia.

BRE. Espera:
esplícamelo bien...
ROD. Es larga historia.
Yo debo aqui morir dentro de poco
quizás, pero mi fin comprarán caro.
BRE. ¡Oh! ¡no, no por piedad! tu intento loco
desecha.
ROD. Su sentencia en mi memoria
grabada está.
BRE. Desistirá.
ROD. No: avaro
de mi sangre le he visto, y sus atroces
intentos comprendí... no le conoces.
BRE. Mejor que tú... yo puedo darte amparo.
ROD. ¿Tú?
BRE. Yo. Si yo no cambio tu destino
nadie le cambiará: no hay en la tierra
mas que una sola voz que oiga Alboino;
su alma, un afecto nada mas encierra.
Solo hay una muger que su ira calma,
que en sus labios benéfica provoca
sonrisa de placer, y agota en su alma
la fuente de furor: á esta le toca
valerte, y te valdrá.
ROD. ¿Mas quién alcanza
tanto poder con él, que asi revoca
sus leyes de esterminio y de venganza?
BRE. Yo, Rodimiro.
ROD. ¿Tú?
BRE. Yo, que te adoro,
y en pago de mi prèz y mi decoro,
que renuncié por él, y en honra suya,
le exigiré, aunque sea en mi desdoro
por cuanto soy y fuí la vida tuya;
sabrá que imposible es que en mí destruya
el grande amor que para tí atesoro.
Y esa muger por quien me holló Alboino...
ROS. Héla aqui.
BRE. ¡Siempre vos!
ROS. Es tu destino.

ESCENA VIII.

BRENILDA. RODIMIRO. ROSMUNDA.

ROD. ¡Rosmunda ya!
ROS. ¡Silencio! miserable,
nos ibas á perder si no te tengo
la lengua. Tú, despeja. (*A Brenilda.*)
BRE. Reina...
ROS. Al punto,
¡rayo de Dios!
ROD. ¡Rosmunda!
ROS. ¡Rodimiro!
ROD. Es nuestra salvacion.
ROS. Lo necio admiro
de tu fé: crëela y eres difunto.
ROD. ¡Cielo!
ROS. ¿Ahi estas aun?
BRE. Al rey espero.
ROS. Su cámara real es tu retiro,
y alli cual sueles que le aguardes quiero,
ó aqui te cuesta el postrimer suspiro.
BRE. ¡Vil muger!
ROS. Obedéceme.
BRE. Yo muero.

ESCENA IX.

ROSMUNDA. RODIMIRO.

ROD. Rosmunda, esa muger...
ROS. Te asesinaba:
¿no oiste sus palabras?
ROD. ¿Tú has oido...?
ROS. Sí, todo desde alli, cuando llegaba
por dicha mia.
ROD. Y bien, si has comprendido...
ROS. Todo, sí; y mas que nunca decidida
camino á mi venganza
con nuevo y doble afan embravecida.
ROD. Mas me hizo concebir una esperanza,
Rosmunda.
ROS. Ya lo sé: ¿mas no comprendes

ese misterio tú? Puede salvarte.

ROD. Me lo dijo.

ROS. Mas ¿cómo? ¿aun no lo entiendes?
¡Fatal amor con que logró cegarte,
miserable de tí! De ese Alboino
una muger no mas puede arrancarte.
Solo escucha su voz sobre la tierra;
su alma ese afecto nada mas encierra,
y por él solo cambia tu destino,
nada mas que por él sus leyes huella
y de su furia el ímpetu revoca;
y ese afecto el suyo es.

ROD. ¡Sella la boca!

ROS. Sí, Rodimiro, y la muger es ella,
ella, á quien tú tu corazon destinas.

ROD. ¡Basta, Rosmunda, basta! me asesinas.
¿Qué raza es esta de traidores? ¿Todos
son viles por igual? ¿Todos serenos
al crimen van por diferentes modos?
¡Oh! ¿qué me resta ya?

ROS. Vengarte al mènos.

ROD. Mas no, tú mientes: inocente, pura,
calumniada por tí Brenilda ahora
fue torpemente.

ROS. No.

ROD. ¿Quién me asegura...!

ROS. ¿No lo dijo ella misma?

ROD. Tú, traidora,
lo interpretas asi.

ROS. ¿Y cómo interpreto
que en la cámara misma de Alboino
por las noches le aguarde? ¿Qué secreto
es ese con que espera tu destino
cambiar? ¿Por qué con ella es piadoso
quien con todos es cruel y formidable?
¿Por qué de tu cariño tan celoso
se muestra y te castiga inexorable?
¿No te ha dicho: "aun que sea en mi desdoro
yo puedo exigir de él la vida tuya
en pago de mi prez y mi decoro?"
Nada mas claro contra tí que arguya.

ROD. Sí, sí, lo veo bien: toda en mi mente

la funesta verdad se patentiza,
é impresa en mi memoria, horriblemente
el pobre corazon me martiriza.

ROS. Piénsalo, Rodimiro, y si camino
hay que esta idea en tu favor concluya,
fía en ellos, serás víctima suya;
yo no, que lucharé con mi destino.

ROD. Yo tambien lucharé: no por la vida:
¿qué me resta ya en ella? ¿qué esperanza
halagármela puede? ¡No se anida
ya en mí mas ambicion que de venganza!
¡Mi fé burlada, mi amistad vendida...
La muerte el premio que mi gloria alcanza,
¡y tan villana muerte...! ¡Esto me espera!
Venganza, pues; pero venganza fiera.

ROS. Muera Alboino.

ROD. ¡Morirá!

ROS. A mí entero
vuelva otra vez el cetro de Comundo.

ROD. Volverá.

ROS. Te lo ofrezco.

ROD. No lo quiero.

ROS. Rey de Italia serás.

ROD. Ni rey del mundo
sin ella quiero ser: todo lo pierdo
con su amor.

ROS. ¿Qué harás, pues?

ROD. Volver á Hungría;
mas vengado volver, y su recuerdo
guardar eterno en la memoria mia.

ROS. Considéralo bien, que es grande el precio,
libertador de Italia, mi corona
y mi amor reunir en tu persona.

ROD. Ya te he dicho una vez que los desprecio.

ROS. A la venganza, pues.

ROD. Sí, mis soldados...

ROS. Franco para ellos ya tengo un postigo.

ROD. Ténlos cerca apostados,
y á una voz mia mételos conmigo.

ROS. Asegúrate bien; la astucia emplea,
no arriesgues neciamente una pelea.

(*Mientras dice Rosmunda este último verso cierra la*

puerta de la izquierda, por la que entró Brenilda. Rodimiro la pregunta dudoso:)

ROS. ¿Qué haces?

ROS. ¡Si se presenta y nos delata!

ROD. Tienes razon.

ROS. (No quiero que la vea:
todo podria revelársele.) Ea,
no hay miedo ya: ó le matas, ó nos mata.

ROD. Su sangre sobre mí.

ROS. Sobre tí sea.

(*Rodimiro se sienta: Rosmunda al marcharse por la puerta de la derecha se detiene en el dintel.*)

ROS. (*Aparte.*)
¿Tú lo quieres? Pues bien, llegó mi hora;
hoy para todos por igual funesta
mi venganza será. Ve, pues, ahora
lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

Parte tercera.

ESCENA PRIMERA.

RODIMIRO.

Rápido el tiempo corre: todo calla
en derredor de mí. Tras de esas puertas
vela sin duda el capitan Bucilio,
porque siento sus pasos detras de ellas
compasados sonar... ¡Cuánto esta calma
sobre el inquieto corazon me pesa!
¡Cuánto esta soledad me martiriza
con las memorias tristes que me acuerda!
¡Ayer guerrero triunfador partia
el poder con un rey... hoy en su regia
cámara misma con traicion taimada
sediento de mi sangre me encarcela!
¡Ayer en dulces y amorosos sueños
embebecido mi dichosa estrella
bendecia esperando; hoy ni esperanza,
ni gloria, ni poder, ni amor me resta!
Cuantos amé insensato, me han vendido:
con quien he odiado mas me junta adversa
mi menguada fortuna... ¡oh, sí! aborrezco
con toda el alma á esa muger. Quisiera
no haberla visto nunca... es un fantasma
que va siguiendo por do quier mis huellas,
y cuyo álito impuro en mi alma infunde
un vértigo infernal que me marea.
¿Y me ama? ¡infando amor! partir me ofrece
conmigo el trono... Abominable oferta,

que me abrasa en furor, y en las entrañas
toda mi sangre paraliza y hiela.
¿Yo á la par de tal monstruo? Nunca, nunca:
mas ¡ay de mí! la aguardo, y de mí espera
la venganza tambien... ambos de un crimen
nos vamos á lanzar sobre la senda.
¿Y á mí de qué me vale una venganza
que ni dicha ni amor me recupera?
¡Oh, no! de calma el compasivo cielo
estos instantes por mi bien me deja
para mejor pensarlo... un alma noble
cuanto olvida mejor, mejor se venga.
No mas sangre, no mas... renuncio á todo.
Dice que tiene franca una poterna
por do salir de esta mansion horrible,
y que la guardan mis lombardos... Ea,
voy á dejar la Italia en medio de ellos;
voy esta raza á abandonar de hienas.
Alboino, traidor, yo te perdono.
Yo te desprecio al par. ¡Brenilda pérfida,
á Dios! En mí desde hoy vuestra memoria
sombra es no mas de pesadilla horrenda.
Mas esta puerta se resiste... ¡Cielos!
¡Rosmunda...! no responde... ¡oh qué sospecha!
Rosmunda... El eco solamente herido
por la bóveda cóncava resuena.
Rosmunda... ¡oh! me ha vendido
para dejarme de Alboino presa
en su lugar... Si por alli lograra...
miserable de mí, que fié en ella
y la dejé salir.

ALB. (*Dentro.*) ¡Bucilio!

ROD. Es tarde
ya. Alboino está aqui. Su voz es esa.

ESCENA II.

ALBOINO. RODIMIRO. BUCILIO.

ALB. ¿Dónde está, dónde?

BUC. ¿Quién?

ALB. A mi corage

poca es su sangre toda.

BUC. Tú ira enfrena,
señor.

ALB. Bucilio, aparta, ó con las suyas
caerá á la par tu criminal cabeza.
¿Qué has hecho, miserable?

BUC. A esos dinteles
incesante velar.

ALB. Maldito seas.
Te han burlado.

BUC. Alboino...

ALB. ¿Quién ha abierto
las puertas de mi alcázar á la reina?

BUC. No hay mas que esa, señor, que de tus cámaras
salga, y no me aparté ni un punto de ella.

ALB. Pasaron sobre tí.

BUC. Sobre mi vida
pasaran antes, ó á mis pies cayeran.

ALB. Pues pasaron, Bucilio, porque ahora
Rosmunda á los lombardos me subleva,
y enfrente de las torres de Verona
las águilas de Roma se presentan.
Sí, sí, perdidos somos: entre tanto
que el enemigo en la ciudad nos cerca,
las tropas que acaudilla Rodimiro
dentro nos mueven infernal contienda.
Y toda su legion en voces altas
ahora á su capitan pidiendo queda
por las plazas y calles, y Rosmunda
les encamina aqui... ¡La ira me ciega!
¿Qué has hecho, pues, de ese hombre? ¡desdichado!
¿dónde está ese traidor?

ROD. En tu presencia.

ALB. ¡Oh, al fin das en mis manos! Vé, Bucilio,
pronto, mete en palacio toda entera
mi húngara guardia, y si se pierde todo
haremos de mi alcázar fortaleza,
y á lo menos debajo de sus ruinas
nos sabremos abrir tumba sangrienta.

ESCENA III.

RODIMIRO. ALBOINO.

ALB. Y oye tú; los romanos se preparan
á asaltar la ciudad: facil defensa
tiene aun si recoges á los tuyos
y á la batalla los conduces: ea,
elige, pues, ó nos batimos ambos
por ambos como siempre, ó de las rejas
de mis ventanas te suspendo, al punto
que tus lombardos á buscarte vengan.

ROD. ¿Me amenazas á un tiempo y me suplicas?

ALB. Súplicas ó amenazas, como quieras;
pero responde pronto, porque siento
menguar rápidamente mi paciencia.

ROD. Y tambien tu fortuna.

ALB. ¡Rodimiro!

ROD. Alboino, tus ímpetus modera:
la fortuna es voluble para todos,
y hoy la fortuna para tí se trueca:
por do quier de enemigos circundado
debajo de tus pies se abre la tierra.

ALB. No me hundiré yo solo, Rodimiro,
por la ancha sima ante mis pies abierta:
yo me desplomaré, mas como un monte
que arrebata en pós suyo cuanto encuentra,
puedo caer, mas como cae el rayo
que humo detras de sí tan solo deja.

ROD. Como una chispa que al brotar espira
al estrellarse el rayo en la alta peña;
cual carcomido tronco que arrebata
torrente asolador que el bosque anega;
cual vieja torre que en cenizas torna
el incendio voraz que la rodea.
Porque ya nada tienes, Alboino;
la muerte en torno por do quier te acecha,
en las lanzas aqui de mis lombardos,
y en las romanas lanzas allá fuera.

ALB. Mientes si juzgas que la muerte es cosa
que el alma de un rey húngaro amedrenta,
que no es la muerte pavorosa imagen

para el valiente acostumbrado á verla,
ni es gran golpe caer en una tumba
de enemigos cadáveres repleta.
Pero estamos aqui perdiendo el tiempo
cual mugeres imbéciles que llenan
de alaridos estúpidos el aire
en tanto que el peligro se acrecienta.
De una vez concluyamos, Rodimiro;
unidas hasta aqui las armas nuestras
solo tenemos una causa, como
hemos tenido siempre una bandera.
Enemiga de entrambos igualmente
Roma á la par contra los dos se apresta;
si ambos con Roma no lidiamos, á ambos
nos asesina una venganza necia.
Yo te ofendí, es verdad: tú me aborreces;
nuestras almas tal vez estan sedientas
de nuestra sangre al par; mas todavía
bálsamo habrá con que calmarse puedan.
Obremos, pues, como hombres; depongamos
nuestras iras un punto; y con fiereza
demos sobre el romano ambos unidos
sin partir la fortuna ni la fuerza.
Venzamos hoy como vencimos siempre,
y mañana, si aun cólera nos queda,
caigamos cuerpo á cuerpo combatiendo,
mas sin dejar á Roma que nos venza.

ROD. Noble he nacido y generoso, y grande
ánimo el noble corazon me alienta,
y nadie en vano reclamó mi esfuerzo
en penosa ocasion y en causa buena.
Mas há muy poco de tu misma boca
mi destino escuché, y aun me resuenan
dentro de los oidos tus palabras,
dentro del corazon tu ruin vileza.
Yo te conozco ya, rey Alboino;
hoy abatimos las romanas tiendas,
y mañana, traidor, á tus verdugos
con victoriosa enemistad me entregas.

ALB. Pues bien, pactemos cual contrarios.

ROD. Habla.

ALB. Yo de seguridad te daré prenda.

ROD. No la hay entre los dos.
ALB. Tú la has hallado:
con ella puede hacerse duradera
la paz entre nosotros; con Brenilda
puedo tus sienes coronar.
ROD. ¿Y es esa
de nuestra paz la oliva? ¿es ese el precio
á que te he de salvar? Tamaña afrenta,
en lugar de estinguir mi sed de sangre,
me la dobla, doblándome la cfensa.
ALB. Rodimiro.
ROD. Pues qué, ¿piensas que ignoro
que un afecto no mas hay que enternezca
tu fiero corazon, que hay, Alboino,
una muger no mas sobre la tierra
por quien vaga en tus labios la sonrisa,
que en tu alma del furor la fuente seca,
y que tus leyes bárbaras revoca...
y esa muger, rey Alboino, es ella?
ALB. ¡Cielos! ¿y quién del libro de mi pecho
te ha mostrado esa página secreta?
ROD. Otro labio real.
ALB. ¡El de Rosmunda!
ROD. El de Rosmunda, sí.
ALB. Pues bien; si entera
la historia sabes, con razon mas sólida
la paz te ofrezco con Brenilda; acéptala.
ROD. ¡Semejante baldon! Tirano imbécil,
si las infames manos tienes hechas
á que los perros de tu esclava Italia
se arrodillen humildes á lamértelas,
no esperes, no, que los lombardos tigres
á recoger tus desperdicios vengan.
Yo amé á Brenilda mientras fue á mis ojos
pura, lejana y rutilante estrella;
cuanto lejana mas, mas admirable,
mas digna de anhelarse su belleza.
Mas hoy que como tuya la conozco,
mi amante corazon cambia para ella,
y si odio engendró en él tu negativa,
desprecio en él tu ofrecimiento engendra.
ALB. ¿Qué es lo que dices, insensato?

ROD. Digo,
que á quien tú se la das te la desprecia:
que no hay entre los dos de este punto
ni lazos, ni amistad, ni fé, ni treguas.

ALB. ¡Basta, rayos del cielo! tú lo dices,
no hay treguas, ni amistad; tu infame lengua
en la mitad del corazon me ha herido
con el desprecio de Brenilda, y esta
es una injuria que jamas sabria
mi rabia perdonar... ¡Oh! ¿y ofrecértela
pude yo en un momento de locura?
¿Cuándo pudiste acaso merecerla?
¿Quién eres tú para que á amor tan alto
las torpes alas á tender te atrevas?
Arrodíllate, esclavo: de rodillas
debes oir su nombre: el labio en tierra
le debes pronunciar, el polvo solo
para besar en que sus pies asienta:
tienes razon, no hay paz entre nosotros,
ni treguas, ni amistad: y en las estremas
horas que á un tiempo de peligros tantos
circundan y amenazan mi existencia,
no por mi salvacion te envia el cielo,
sino porque de tí vengado muera.
¡Oh! y morirás: el término aplazado
de mi aliento vital siento que llega,
porque veo que el mundo se desploma
sobre mí; pero ve lo que te resta:
este alcázar va á ser nuestro sepulcro;
yo le defenderé mientras que tenga
solo un soplo de vida: hasta esta hora
tú conmigo estarás, y cuando sienta
que el alma me abandona, haré implacable
arrancarte la tuya en mi presencia.

ROD. Yo la daré tranquilo, porque nada
mi ánima ya del universo espera,
y porque si tú vences, todavía
para vengarme á mí Rosmunda queda.

ALB. ¿Rosmunda? Desvarías con el miedo.
Si ella con tus lombardos se presenta
delante del palacio, á sus balcones
haré colgar tu lívida cabeza;

y tus mismos lombardos al mirarla
antes que en mí te vengarán en ella.

ROD. No; la sombra insepulta de Comundo
con ella va y en su favor pelea.

ALB. ¿Qué estás diciendo?

ROD. Que el misterio sabe
que en esa copa tu furor encierra,
y que esta noche cerrará Rosmunda
del padre rey la profanada huesa.

ALB. ¿Tú se lo descubriste?

ROD. La he pagado
secreto con secreto, deber era.
No hay esperanza; contra tí, Alboino,
hasta los muertos sus sepulcros dejan;
y no reposarán en sus sepulcros
hasta que al tuyo descender te vean.

ALB. Tantos descenderán de mí delante
que les haré tal vez perder la cuenta,
y te juro que no has de ser el último
de mi mortuoria comitiva.

ROD. Llega
todavía mi brazo hasta mi espada,
y en tanto, rey, que levantarla pueda
ni moriré como cobarde esclavo,
ni seguro estarás delante de ella.

ALB. Y hombre soy yo que obligará á tu espada
con el brazo á caer que la sostenga,
si antes que de la vaina la desnudes
aqui á mi voz mis húngaros no llegan.
¡Hola! Bucilio.

ESCENA IV.

ALBOINO. RODIMIRO. ROSMUNDA.

ROS. ¿Qué quereis?

ROD. ¡Rosmunda!

ALB. ¡Oh! ¡me los junta mi feliz estrella!
Bucilio, pronto á mí.

ROS. No será facil
que ya á tu voz á presentarse vuelva.

ALB. ¿Por qué?

ROS. Porque está lejos. Alboino,

tu voz á la honda eternidad no llega.
Mira.

(*Abre las puertas del fondo, y ve una guardia romana y á Bucilio tendido á un lado.*)

ALB. ¡Traicion tamaña!

ROS. Es obra mia.
Yo metí con silencio y con destreza
en tu palacio á los lombardos antes
que Bucilio á tus húngaros metiera.
Y he vendido á Verona á los romanos
al caro precio de tu sangre regia.
¡Ea, pues! á morir como quien eres
disponte ya: tu comitiva es esa.
Esos romanos que Longino envia
para llevarle la ofrecida prenda,
tu tronco real conducirán al campo
y ante el emperador tu real cabeza.

ALB. El corage me ahoga.

ROS. Ahora, Alboino,
si es que en señal de despedida eterna
quieres vaciar el postrimero vaso,
tu copa de marfil te daré atenta,
diciéndote á mi vez: "bebe, Alboino,
que con mi padre bebes;" mas contempla
que si me has dado en muchas tu venganza,
yo te he dado la muerte en la primera.

ALB. ¡Oh, te sabes vengar!

ROS. Tú me enseñaste:
y lo bien que aprendí para que veas,
sabe que el cetro de Comundo vuelve
á mi mano otra vez, é Italia entera
amparada mirándome de Roma,
me aclama al par libertadora y reina.

ALB. ¡Tú amparada por Roma!

ROS. Sí, Alboino,
y en tu lugar sobre tu solio puesta.

ALB. Ahora comprendo el bárbaro desprecio
con que á Brenilda ajó... ¡reinar esperas
con Rosmunda tambien!

ROD. Tente, Alboino;
yo no tengo cual tú sangre de fiera,
y ni lecho, ni trono, ni sepulcro

sabria nunca dividir con ella.

ROS. Mas partirás con él mi cruel venganza,
que sabré sobre tí lograr entera.

ALB. ¡Oh, respiro...! Os odiais; gracias, ¡oh averno!
Rosmunda, ya lo ves, su odio me venga:
todo por él lo has hecho, pero todo,
porque viene de tí, te lo desprecia.

ROS. Pues mas caro que tú mis iras pagas
va á pagar el desprecio que me muestra:
y siento por quien soy que mi venganza
ver, Alboino, hasta su fin no puedas;
porque tal es, que la creyeras tuya
viéndola tan medida y tan completa.

ALB. Tambien la mia lo es, puesto que os dejo
aborreciéndoos siempre, y me consuela
morir sabiendo que en ausencia mia
vivireis en discordia sempiterna.

ROS. ¡Oh! te lo creo; mas te aguardan, parte:
rey Alboino, mi justicia es recta.
Tu sepulcro está allí, mas no vacío;
la sombra de mi padre en él te espera.

ALB. Yo al lado suyo dormiré tranquilo,
y en su tumba entraré con faz serena,
porque no piense que al morir su espíritu
el corazon con que le odié amedrenta.
Goza, pues, de tu suerte y tu venganza
como gozarla supe yo: y no temas
de mis labios oir súplica inútil
en favor de otra víctima que deja
mi torpe imprevision entre tus manos,
y á quien no salvará ni su inocencia.
Y no quiero gastar mi aliento en balde,
y desmentir la heróica grandeza
con que debe arrostrar esta venganza
quien de esa copa se sirvió en la mesa.
Sí, yo sabré morir como he vivido,
mi suerte afrontaré tal como sea,
y espirará Alboino sin que exhale
un ¡ay! su corazon, ni un ¡ay! su lengua.

ROS. Vé, pues; sabeis mis órdenes; cumplidlas.

ROD. Venganza es harto justa, pero horrenda
tu venganza es tambien.

ESCENA V.

ROSMUNDA. RODIMIRO.

ROS. Deten la planta;
cumplir me resta la mitad segunda:
de Comundo vengué la causa santa,
mas falta aún la causa de Rosmunda.
ROD. Véngala tú: yo parto en el momento
de Italia para siempre, que me aterra
que á la par nos cobije el firmamento
y al par nos sufra sobre sí la tierra.
ROS. ¿Tanto, pues, me aborreces?
ROD. Cuanto cabe
en ofendido corazon humano,
cuanto tu mente concebir no sabe
y mi lengua esplicar querria en vano.
Y á mi sincero corazon perdona,
Rosmunda, esta verdad: tu faz sombría
me espanta aun á través de esa corona
que te ciñe la sien de pedrería,
mas que no la ennoblece ni la abona.
Esos altivos y radiantes ojos
por quien barones mil tal vez deliran,
corazones rindiendo á sus antojos,
dan al mio pavor cuando me miran.
Y esa romana y clásica hermosura
que hace admirar tu forma magestuosa
no sé qué tiene para mí de oscura
que hace á mis ojos tu beldad odiosa.
Un Dios, ó un mal espíritu en tu pecho
encendió una pasion que te esclaviza,
y no puedo vivir bajo de un techo
que cubre esa pasion que me horroriza.
Tal vez dirás que tus hechizos dejo
por los de otra muger... ¡muger perjura!
mas si amé á otra muger que imagen pura
de los cielos creí, cuando reflejo
la concebí de tu maldad impura
la odié tambien, y de las dos me alejo
despechado á llorar mi desventura.
A Dios, pues: ¡oh Rosmunda! ya vengada

quedas y reina; y al romano unida
los lombardos de tí no esperan nada,
ni quieren de tu tierra ensangrentada
mas que el sol que señala su partida.
A Dios.

ROS. Espera.

ROD. ¿ Qué ?

ROS. Pues te he escuchado
esa que acabas relacion funesta,
justo es que de mi labio apasionado
escuches tú tambien una respuesta.
Tus bárbaras palabras una á una
aqui, en mi corazon cayendo han ido,
ahogando en él sin compasion alguna
cuanta esperanza en él se ha mantenido.
Tú me has abierto el tuyo: es, pues, forzoso
que el mio te abra yo, y de cerca al verle
penetres en su centro misterioso
y aprendas de una vez á conocerle.
¡Tú me has aborrecido y yo te amaba!
con insolente mofa, tu desprecio
de sí apartó cuanto mi amor te daba,
y aun retó á mi furor tu órgullo necio.
Por tí ultrajado, y de tu amor testigo
cambióse al fin mi corazon contigo.
Oye, pues; la pasion que te horroriza
no existe ya en Rosmunda: el odio insano
que implacable hácia mí te fanatiza
reina en mi pecho con poder tirano.
No soy ya la Rosmunda que te adora,
soy la Rosmunda que ultrajada y fiera
del inmenso furor que en sí atesora
viento va á dar á la gigante hoguera.
Rosmunda solo sabe, Rodimiro,
ó amar ó aborrecer, mas nunca olvida:
ama de amor hasta exhalar su vida,
y aborrece hasta el último suspiro.
Tan poderosa, pues, tal en grandeza
mi amor concluye, y mi venganza empieza.
¡Oh! y aun no afrontes con mi faz sombría
tu desdeñoso continente fiero,
y escucha con paciencia todavía,

pues mi venganza que comprendas quiero.
Piensas dejar la Italia prontamente;
¿mas cómo?

ROD. En paz con Roma, estorbos vanos
me opondrás á que parta con mi gente.

ROS. ¿Les quitarán los hierros de las manos?

ROD. ¿Qué es lo que dices?

ROS. Tu legion valiente
dejé esclava tambien de los romanos.

ROD. ¡Miserable de mí!

ROS. Ya te lo dije,
solo sé amar ó aborrecer: si necio
mi odio fatal tu corazon elige,
mi odio y mi amor le costarán gran precio.
Escoge; aun puedes: mi piedad es tanta:
con los tuyos esclavo, ó rey conmigo.

ROD. El cielo mismo junto á tí me espanta:
no, antes morir que respirar contigo.

ROS. Está bien, morirás: mas antes quiero
á esa que tanto amaste en algun dia
que des al menos el á Dios postrero.

ROD. No, no la quiero ver.

ROS. ¡Oh, es cosa mia!

ROD. ¡Ah! me hiela de horror tu aspecto fiero.

ROS. Asi el desprecio de mi amor se espía
y el caliz del rencor se apura entero.

(*Va á la puerta de la izquierda, y abriéndola llama á Brenilda en alta voz.*)

Brenilda.

ROD. ¡Ah! ¡Yo no sé qué vaticino
de horrible aqui!

ROS. Quimérico recelo.
Brenilda.

ROD. ¡Oh! ¡no la llames!

ESCENA VI.

ROSMUNDA. RODIMIRO. BRENILDA.

(*Brenilda al salir se detiene á la puerta, junto á la cual está Rosmunda cruzada de brazos, sombría é inmóvil. Rodimiro permanece en el centro de la escena sin mirar á Brenilda.*)

BRE. (*Al salir, deteniéndose.*) ¡Santo cielo,
aqui aun...! ¿A qué lúgubre destino
vuestra calma fatal sirve de velo?
¡Oh! hablad por compasion... ¿Qué es de Alboino?

ROS. (*A Rodimiro.*)
Su primera palabra.

BRE. Habla; ¿qué es esto,
Rodimiro? ¿qué es de él?

ROD. ¡Déjame, ingrata!
¡Apártate de mí! ¡yo te detesto!

ROS. (*A Brenilda.*)
Ya lo oyes.

BRE. ¡Ay de mí! ¡Su voz me mata!
Mas no hablo ahora de mi amor... mi oido
percibió aqui su voz... confuso estruendo
de gentes escuché... ¿dó está? ¿qué ha sido
de Alboino? Acabad.

ROS. (*A Rodimiro.*) Ya lo estás viendo.

BRE. ¡Oh, acabad de una vez! Hablad, señora,
vos que sabeis cuánto le amé... de hinojos
os lo ruego á los dos.

ROS. Sea en buen hora.

BRE. ¿Dónde está? ¿dónde?

ROS. (*Abriendo la puerta del fondo, por delante de la cual se ve pasar el cadáver de Alboino, llevado en hombros de los romanos.*)
Aqui; vuelve los ojos.

BRE. ¡Padre mio!

ROD. (*Horrorizado.*) ¡Ah! ¿Su padre?

ROS. Es Alboino;
y tú, que á mi furor le has entregado
dentro de este aposento, su asesino.

ROD. Miente, Brenilda, miente: ¡oh! nunca creas

3 0112 117491628

que en su sangre rëal teñí mis manos.

BRE. Apártate de mí... ¡oh! ¡maldito seas!

ROD. Ah, entiendo toda tu maldad.

(*A Rosmunda, dirigiéndose á ella en actitud amenazadora.*)

ROS. Romanos,
vuestro esclavo tomad.

(*Los romanos le sujetan.*)

ROD. ¡Yo esclavo!

ROS. Ahora
mide hasta dónde mi rencor alcanza.

ROD. ¡Toda su sangre sobre tí, traidora!

ROS. Toda la necesita mi venganza
gota á gota sorber. Vé, pues, implora
al cielo si en él crees; y cuando presta
tu alma á partir del corazon se exhale,
dile á ese corazon que me detesta
lo que el cariño de Rosmunda vale,
lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.

FIN.

RECTIFICACIONES.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
12. . .	37. . .	creucha.	*crencha.*
17. . .	3. . .	por mí me atrevo.	*por tí me atrevo.*
25. . .	6. . .	Narretes.	*Narsetes.*
26. . .	42. . .	existencia. . . .	*sentencia.*
29. . .	29. . .	le dejan ver. . .	*te dejan ver.*
30. . .	34. . .	cavernas.	*casernas.*